

En la medicina se reconoce por principal agente de la superstición las oraciones, así como los encantos de los lamas y de los monjes. En los casos menos graves, los enfermos, después de haber sido frotados con manteca, se esponen al sol; y cuando está cubierto por las nubes, se les cubre de hojas de papel y le ahuman con hojas de abeto.

Estando de embajador en Pekin el padre Jacinto vió uno de sus banquetes de ceremonia. Se colocaron por edades alrededor de varias mesas largas y bajas, recostados en cojines de borra. Después de haber probado de un manjar hecho de harina de cebada (*san-pa*) con manteca, bebido vino, cerveza y té, el cual no endulzan, sino que por el contrario le echan sal y manteca, se quitaron los sombreros para recitar las oraciones, enseñuando tomaron otro té y un nuevo *san-pa*, y bebieron vino; después se sirvió a cada convidado una taza de cebada y arroz, sazónada con manteca y azúcar; recitaron otra oración y empezaron a comer de esta sopa con los dedos y á beber vino. Hecho esto, todos se levantaron para pasearse en el patio; habiendo vuelto á la mesa, encontraron trozos de carnero crudo sazónado con sal, pimienta y ajo, acompañados de grandes pedazos de vaca, crudos también. Después de haber orado otra vez, cada uno sacó un cuchillo de la cintura y trinchó la carne, comiéndola juntamente con los pedacitos

pero son muy antiguos y señalados en otros países. Estrabon dice que en la Bactriana los ancianos y los enfermos desahuciados eran abandonados á ciertos perros llamados *ovrapotas*. Refiere Ciceron que entre los hircanios la sepultura más noble es aquella que consiste en ser devorado por los mastines. (*Tusc.*, I, 45). Otro tanto cuenta Justino de los partos, y esta costumbre aun subsiste entre los calucos.

que estaban salados; y se tornó á beber y á pasear y volviendo á ponerse á la mesa y á beber, llevaron por tercer servicio un lebrillo de *tuba*, especie de puches de pasta y carne picada. Recitóse otra oración; los convidados se armaron de los palitos que usan como en la China, en lugar de tenedores, y comieron de aquel amasijo. Sucdieron á esto pastelillos que fueron envueltos en servilletas para enviarlos á casa de los convidados, con lo que terminó el banquete que habia durado más de medio día; y volviendo á pasearse y á orar, bebiendo, cantando y bailando hasta la hora de la cena, que se pareció á la comida aunque fué más breve.

Sus fiestas religiosas se asemejan á las de los indios. Tienen al principio de cada año, en el mes de febrero, tres días de regocijo, durante los cuales cambian entre sí regalos. Después se consagran quince días en Lassa á solemnidades religiosas, en memoria del triunfo del buddismo. El dalai lama da entonces un festin con danzas guerreras y juegos en la maroma. Todos los lamas de los alrededores van al encuentro de su jefe supremo, para ofrecerle donativos que llevan sobre su cabeza. Al finalizarse estas fiestas, un hombre del pueblo, disfrazado de demonio, se presenta á un sacerdote que figura el dalai lama y le dice: «Lo que vemos por las cinco vías de la inteligencia no es ilusorio; ninguna doctrina está exenta de errores.» El sacerdote le rechaza; después, á título de prueba decisiva, le desafía á echar los dados. El fingido dalai lama tira el suyo tres veces é infaliblemente saca seis; el demonio saca siempre as. Vencido de esta manera huye. Entonces los sacerdotes y el pueblo le dan golpes y persiguen hasta una gruta, donde se refugia para restablecerse con manjares preparados al efecto. Esta es la consagración de la doctrina de la nada.

## EPÍLOGO

Esta época se nos ha mostrado fecunda en grandes sucesos. Alzase un poder nuevo en el Oriente sobre las ruinas del antiguo imperio persa, de la antigua Siria, del antiguo Egipto. Se forma un nuevo imperio de los restos ó de la fusión de los diferentes reinos de Ostria, Neustria, Borgoña y Lombardia, y se ensancha hasta representar la union de todo el Occidente. Se constituye un poder que, juntando la espada al báculo pastoral, debe sobrevivir en su debilidad á todos los demás que le invocan ó le amenazan.

El imperio de Bizancio demuestra cuanto aventaja la administración romana á los desórdenes de los gobiernos bárbaros; porque falto de brazos, de dinero, de valor, de patriotismo; dividido por heregias, azote de la humanidad y del buen sentido; acosado por enemigos vigorosos, se sostiene todavía, como un edificio bien fundado, minado por el tiempo. Hasta puede dar á conocer, cuando una mano capaz empuña las riendas del gobierno, que la civilización equivale á la fuerza. Por eso se lee en las fábulas cabalísticas que, después de la muerte de Salomon, su cadáver permaneció en pie un año entero, mientras que los demonios, á quienes habia obligado por arte mágico á trabajar en el templo, creyéndole todavía vivo, proseguían su tarea. Por último, habiendo roído un gusano el baston en que se apoyaba, cayó entonces al suelo, reconocieron los espíritus que habia cesado de vivir, y recuperaron su libertad.

¿Están acaso desprovistas de enseñanza las vicisitudes de la civilización de la China, tan diferente de la nuestra? No lo creemos; y en la vacia monotonía de su moral acompasada, siempre predicada sin ser observada nunca, hemos hallado algunas cosas que no seria inútil repetir ni aun á los países cuyas instituciones son mucho más liberales, como en otro tiempo se servian de fábulas para instruir,

censurar ó corregir á los hombres. Puede haber exageración en el ejemplo de aquellos ministros, de aquellos letrados, que, precedidos de su ataud, van á decir la verdad al emperador; pero uno de ellos ha escrito estas palabras: «La ruina de las dinastías de Sin y de Sui ha provenido de que en vez de limitarse, á imitación de los antiguos, á una inspección general, única que conviene á un soberano, pretendieron gobernar todas las cosas inmediatamente y por sí mismos.» (1) ¿No es esta una de las causas más generales de ruina para las monarquías?

Hemos narrado las injurias dirigidas á los bonzos y al culto de Fo; pero conviene no olvidar que consultamos únicamente las obras de los letrados, enemigos declarados de una religion que arruinaba su docto materialismo, y, lo que es más, su poder oficial. ¿Quién puede decir bajo cuán diferentes aspectos se presentarán estas narraciones, cuando la guerra, ese terrible instrumento de civilización, haya derribado las barreras, dentro de las cuales esa nación, envuelta en fajas de seda, arrastra su larga infancia? Quizás este día ha nacido ya.

¡Cuánto asombro no escita la nación de los árabes! Divididos en mil repúblicas diferentes en su península nativa, teniendo cada una de ellas distintos dioses, su historia es un desierto, donde únicamente las batallas señalan el camino. El único vínculo que les unia era la creencia en que estaban de descender de Abraham todos. Este vínculo lo fortifica Mahoma. Enseña una religion sin misterios, un culto sin sacerdocio, una caridad limitada á los creyentes: impone privaciones y promete goces: proclama que solo es noble aquel

(1) DU HALDE, *Compilacion de obras hechas bajo los Mings.*



á quien corre el oro desde la boca á la mano, ó hiere con la palabra como con la flecha ó la espada, y convierte, en fin, las antiguas rivalidades en emulacion de valor y de fiereza.

Luego que las tribus han cesado de ser enemigas, no pueden entregarse mutuamente al saqueo de las caravanas; entonces los árabes se lanzan fuera de la península con voluntad firme, con carácter fogoso, sostenidos por el sentimiento personal del deber y del mérito, que les hace muy superiores á la molice asiria, á la corrupcion bizantina, á la immoralidad de las grandes metrópolis del Asia. Devotos como monjes, batalladores como héroes, oran y matan, ayunan y saquean: se identifican con Dios por medio de la inspiracion y se encenagan en los deleites. No se proponen más objeto en sus expediciones que estender el reino de Dios, y pensando que el destino de todos los hombres es trabajar con tal fin, no se cuidan del papel que toca á cada uno, capitan ó soldado, iman ó califa. De aquí aquella devocion tan absoluta de los primeros vicarios del Profeta, que no mezclan á sus acciones ninguna ambicion privada, ninguna rivalidad, apareciendo sencillos en sus costumbres, arduos en su fe. Todavía viven los compañeros del Profeta y ya están reducidas á la obediencia treinta y seis mil ciudades: son derribados cuatro mil templos de Cristo ó del fuego, y edificadas mil cuatrocientas mezquitas.

Acostumbrados los pueblos de Asia y de Africa al despotismo desde la antigüedad, no se espantan de este nuevo yugo. Habían olvidado los súbditos del imperio el honor nacional sin adquirir la magestad del pueblo romano. No opusieron, de consiguiente, á la insocial dominacion aquella vigorosa resistencia que necesitaba. Sin embargo, los egipcios y los sirios, débiles y afeminados bajo los sucesores de Alejandro y bajo los romanos, se portaron alguna vez como héroes; los españoles siempre.

Fundado el islam sobre una idea verdadera y sublime de la divinidad; careciendo de misterios que pudieran superar la razon humana ó repugnarle; estableciendo como primeras virtudes la liberalidad, la magnanimidad, el valor heroico; exento de las luchas entre la soberania y el sacerdocio, y enseñando preceptos bastante en relacion con la corrupcion de la naturaleza humana, es sorprendente que no conquistase todo el mundo. Pero mientras predicaba el amor y la humildad, insinuaba la soberbia y la arrogancia, gérmenes de destruccion. En breve se ingerta en el heroismo devoto la sed del saqueo y del poderio: resucita el egoismo, el califa se separa del iman, el sucesor del Profeta, del rey de los creyentes. Sin embargo, este cisma no estorba que la Iglesia y el Estado permanezcan concentrados en un solo jefe, consolidando la tirania con ahogar toda libertad, así exterior como de espíritu.

Se derramó más sangre en las disensiones intestinas que la que costó el someter á los que repug-

naban tal creencia. Deploramos las víctimas humanas degolladas en los altares de los ídolos; y sin embargo, si se sumasen, quizá no llegarían en toda la antigüedad, en los pueblos todos, á igualar el número de las que sucumbieron por difundir el teismo de un profeta que solo ofrecía como prueba de su divina mision el exterminio.

Esta segunda irrupcion procedente del Medio-dia, fué tan mortífera y desastrosa, que á su lado podría pasar fácilmente por una colonia pacífica la de los septentrionales. Muchos elementos de civilizacion se escaparon á estos últimos que, con el tiempo, sirvieron para domeñar á los mismos bárbaros, los cuales, humillando su altiva cerviz bajo la religion de los vencidos, y adorando lo que en un principio habían quemado, estendieron la fraternidad y aceptaron los frutos de la civilizacion antecedente. Al revés, el árabe destruye cuanto encuentra en su camino: pirámides de cabezas cortadas dan testimonio de su soberbia intolerancia, que no sabe proponer más que dos partidos, obedecer ó ser esclavo. Derriba cuanto permanece en pie: cambia el espíritu, la civilizacion, las creencias. En todas partes ingiere el despotismo, al contrario de los hijos del Norte, que traían ideas de una libertad personal desconocida de todos los pueblos antiguos.

De consiguiente, á la par que el cristianismo difundía el amor entre los fieros septentrionales, y haciendo extensivos á la humanidad entera los derechos de que la sabiduría práctica de los romanos había concedido como un privilegio á una sola clase, proclamaba sobre la tierra las verdaderas franquicias, la dignidad del hombre como tal hombre, y abría el paso á seguros é infalibles progresos; llega el islam á rechazar á la sociedad hacia lo pasado y á establecer en ella la inmovilidad por medio del fatalismo resignado, que puede despertarse á veces á la voz de un príncipe insigne y obtener un adelanto material en las artes y en las ciencias materiales; pero vuelve á caer bien pronto en la inercia y se pone á hacer lo que antes hacía. De esta suerte corren cada año cien mil creyentes á la peregrinacion de la Meca, y se agupan en el estrecho valle de Aarafa en Mozdalifah, porque el Profeta se encaminó á esta ciudad hace doce siglos.

El mayor elogio del cristianismo como doctrina social (como religion seria la comparacion más absurda que impia) está en los efectos del islamismo. En los lugares á donde llegan los apóstoles del Evangelio cesa de correr la sangre y se suspende el exterminio entre hermanos; instituciones sociales, enseñanzas y una gerarquía dan testimonio de la religion y del progreso. El islamismo arrancó por un momento á la Arabia del fraccionamiento patriarcal para lanzarla á encarnizadas guerras, y dejarla caer luego nuevamente en la barbarie inculta y estacionaria de los primeros tiempos. En lo exterior reduce á desiertos los más florecientes países; y mientras la cruz puebla

de ciudades las orillas del Rhin y del Oder, la cimitarra del musulman destruye las del Asia. Además las disposiciones fanáticas de los primeros apóstoles árabes, unidas á su constitucion nacional y á la que toma por base su sanguinario evangelio, hacen del orgullo, del desden, del odio recíproco, de la sed de venganza, otros tantos elementos de la vida social. Y hasta en la época actual, en las hermosas comarcas del Asia, en las playas marisueñas de Europa, vemos perpetuarse las formas antiguas de que Cristo libertó á las sociedades: la piratería, los serrillos de las mujeres, la esclavitud de las conciencias, un despotismo desenfrenado, que se propone por principal objeto su conservacion, y se hace árbitro de la vida, de la honra, de la hacienda de los súbditos. Todavía adornan en la actualidad los palacios de Constantinopla, de Ispahan, de Alejandria, cabezas y orejas cortadas. Todavía en la actualidad es máxima admitida que el gran señor pueda cometer al día siete homicidios: el gran visir seis, y así sucesivamente en disminucion hasta el simple visir, que puede derribar una cabeza al día sin formal proceso. Todavía en la actualidad, como en tiempo de Dario, un sátrapa persa manda enterrar hombres vivos, y se complace en pasearse entre dos hileras de estos infortunados, que puestos con la cabeza hacia abajo agitan sus piernas en las convulsiones de la agonía, y piensa en levantar una torre enorme, cuyos materiales serán hombres vivos (2). Si Mahmud en Constantinopla y Mehemed Ali en Alejandria pretenden reformar sus respectivas naciones, no pueden conseguirlo sino violando todos los preceptos del Coran.

Es imposible detenerse en esta parte de la historia sin reflexionar en lo que hubiera acontecido si los árabes hubieran abrazado el cristianismo con el mismo ardor con que se inflamaron en favor del islam. ¡Cuántas guerras se hubieran ahorrado! ¡Cuántos países, que hoy yacen deshabitados ó sujetos á la esclavitud más humillante, disfrutarían de los beneficios de la civilizacion!

No desesperemos á pesar de todo: pues el progreso penetrará tambien en el seno del islamismo: «Acuérdate del viajero que pasando cerca de una ciudad sepultada bajo ruinas, clamó de este modo: *¿Cabe en lo posible que Dios resucite á los moradores de esta ciudad destruida?* Dios le hizo morir, y después de permanecer en tal estado por espacio de un siglo, le resucitó y le preguntó: *¿Cuánto tiempo has permanecido en este sitio?*—Un día ó algunas horas, respondió el viajero. Y el Señor añadió: *He aquí tu alimento y tu bebida, todavía están intactos; mira tu cabalgadura, está consumida. Hemos operado esta maravilla para que tu ejemplo instruya á los hombres. Observa como juntaremos y cubriremos de carne los huesos de tu caballo.* En

vista de este prodigio, exclamó el viajero: *Ahora reconozco que el poder de Dios es infinito*» (3).

La decadencia uniforme del imperio de Constantinopla y las fragorosas irrupciones de los musulmanes, distan mucho de escitar el interés que nos induce á contemplar en Europa ese desarrollo progresivo, en el que aparece menos la fatalidad de los sucesos que el esfuerzo de cada hombre y de toda la sociedad para desprenderse de la materia. Sin embargo, la invasion no se halla terminada todavía: por una parte los esclavos, por otra los árabes, y por otra los normandos, restringen ó modifican todos sus movimientos. Aun domina la barbarie, pero siente la necesidad de orden, empieza á conocerse á sí misma, lo cual es un primer paso hacia el progreso. El rey bárbaro asesina, pero de resultas sufre remordimientos, y procura acallarlos con obras pías, circunstancia que á lo menos da testimonio del poder de la conciencia. En vez de inmolar á los príncipes destronados sobre el altar de la Victoria, se les encierra en monasterios: una voz se levanta y hace lo que no hacían los sacerdotes de la antigua Roma, intercede por el oprimido, y si es impotente, gime en su compañía y protesta contra el opresor. Todavía impide el egoismo que la sociedad se constituya, pero hay sacerdotes y senadores que recuerdan la Roma antigua con su administracion maravillosa: hay una Iglesia que escogiendo por cetro la moderna Roma vence la fuerza material, la obliga á doblegarse ante la ley moral, y ofrece el ejemplo de nuevas instituciones. El que sepa reunir estos tres elementos para formar con ellos un gran edificio, vendrá á ser el bienhechor del género humano. Tal fué la empresa acometida por Carlomagno.

En la misma época se operan dos grandes revoluciones en países muy distantes uno de otro. Los hijos de Carlos Martel derrocan á los Merovingios, y los califas omíidas son arrojados del trono de Damasco. Así se fundan contemporáneamente las dinastías de los Abasidas y de los Carlovingios, que agitaron por largo tiempo el Oriente y el Occidente. Carlomagno y los demás reyes de Europa, acreditan un valor caballeresco, amor de gloria, deseo de consolidar la paz por medio de la guerra. Respetan el derecho, y aunque algunas veces no se curan de él, tampoco lo coleculan, y se les ve inclinados á restaurar la sociedad y las leyes. Los árabes van impelidos por un apostolado guerrero, por la sed de conquistas, por una fiebre de destruccion. Entre éstos dura más tiempo la gloria de las armas; entre aquellos se aumenta la civilizacion, que al cabo llegará á hacer pedazos la espada. Estos dos imperios se descomponen igualmente en varios califatos ó reinos independientes. De consiguiente, desde ahora se pueden prever las luchas que sobrevendrán y de las cuales nacerán

(2) Véanse las cartas de Texier, escritas en 1840.

(3) Coran, sura II.



poderes territoriales y hereditarios capaces de distinguir la autoridad suprema.

La primitiva grandeza de los Carlovingios, y luego su debilidad, dan también elevación temporal al jefe espiritual del cristianismo, á la par que con los Abasidas el jefe de la fe queda reducido á los límites del santuario: recita el sermón oficial del viernes, y convoca á los que están llamados á resolver con él alguna cuestión teológica; pero el islamismo carece de aquel centro de vida y de operaciones que constituyó el inmenso poder del cristianismo.

Una de las preocupaciones históricas más vulgares consiste en llamar al siglo x edad de hierro, y en suponerle una ignorancia profunda y una civilización ínfima, como si no hubiera empezado á asomar alguna cosa mejor más que con posterioridad al año 1000. Aquellos que mediten sobre los hechos y no se resignen á admitir sentencias ya pronunciadas, hallarán, por el contrario, que el mayor caos de la sociedad y la ignorancia más intensa se encuentra en el siglo viii, cuando aun no poseía ningún país una organización capaz de abarcar á las diversas poblaciones. Decae la antigua literatura, y todavía á la moderna no le han nacido las primeras plumas. Se disuelve todo lo antiguo, y aun no tiene estabilidad lo que nace: gobiernos, magistraturas, propiedades, todo se resiente de la impotencia de niños que hacen y tornan á hacer, aunque sin dirigir sus acciones á un objeto, ni saberlo alcanzar. Carlomagno, concediendo á los literatos una protección inusitada entre los bárbaros, combate la ignorancia; y propagando, semejante en esto á Mahoma, el cristianismo con el acero, ensancha el círculo de la civilización. El propendía á conducir el Occidente á la unidad por medio de una administración uniforme, de una política común, y sustituyendo al derecho local uno general. La restauración del Imperio fué una realización de este designio, aun-

que ni él, ni los papas, ni ninguno de los contemporáneos vieron claramente su extensión y sus consecuencias; pero con tal institución, apoyada en el único elemento vital que existía entonces, puso término al dominio disolvente y destructor de la barbarie, y abrió el camino de lo venidero.

Bajo la unidad soberana, introducida ó preparada entonces, se descubrieron los gérmenes de aquella independencia hereditaria, que es el carácter del feudalismo. Pues al paso que los dominios y las dignidades pasaban antes de mano en mano sin orden ni fijeza, Carlomagno les dió estabilidad, ora refrenando la invasión en lo exterior, ora disponiendo en lo interior esa cadena de dependencias mutuas. Así consolidó el terreno en que las razas germánicas, injertadas en el tronco romano, debían hechar raíces para producir la Europa moderna. Imperceptible hasta entonces el progreso por la necesidad en que la sociedad se hallaba de despertar de su abatimiento, se muestra ya evidente.

Hemos atribuido al carácter de Carlomagno la principal parte de sus grandes acciones; y la rápida decadencia de su obra, bajo sus degenerados hijos, suministra una prueba inequívoca de ello. Pero es sobrada injusticia asegurar que con él cayó todo cuanto había hecho: después de él subsiste la gran unidad de la cristiandad que impide á la Europa anonadarse completamente con el fraccionamiento de los feudos, y que le permite oponer una vigorosa armonía á la amenazadora barbarie del Norte y el Mediodía. Un número de literatos, siempre creciente en medio de los mayores desastres, prueba que el impulso sobrevivió á la mano que lo había dado; el ejemplo de Carlomagno será al principio una reconvención para sus descendientes, y en seguida excitará el valor á emprender grandes y generosas hazañas; y la Italia, arrancada por él de la servidumbre del extranjero, desplegará el vuelo adelantándose á las otras naciones.

## LIBRO DÉCIMO

Los Carlovingios.—Los normandos.—Los árabes.—Los eslavos.—El Feudalismo.—El Imperio trasferido á los alemanes.—Sus contiendas con el sacerdocio.—Reinos musulmanes.—Ciencia.

### CAPÍTULO PRIMERO

LUIS EL PIO Y SUS HIJOS.

Es costumbre decir que el edificio construido por Carlomagno se desmoronó en pos de él, y que de tan vasto imperio nada quedó, del mismo modo que ha acontecido con el de Napoleón, cuya caída permitió á la revolución, contenida hasta entonces un momento por su robusto brazo, recobrar libremente su triunfal carrera. Sin duda el ascendiente de Carlomagno fué debido en gran parte á sus cualidades personales: su genio le había inspirado ideas de oponerse á nuevas invasiones que amenazaban llevar á cabo los árabes y los germanos, y al interior fraccionamiento reuniendo los Estados cristianos, sometiendo las razas extranjeras, estirpando las creencias enemigas, por medio de la guerra ofensiva y de las conquistas. Con un talento superior á su tiempo, con una actividad prodigiosa que le imponía como una necesidad coordinar y reformar, se sirvió de los restos de la civilización romana, de la libertad de los germanos que no habían emigrado, de las nuevas instituciones de los que habían abandonado su patria, para elevar un Estado, en que reuniesen las formas de la antigua administración imperial, el *poder de la corte*, como decían los contemporáneos, las asambleas nacionales de la Germania y el patronato militar. Fué á un mismo tiempo caudillo de guerreros, presidente de los campos de Mayo, emperador romano; y tan alta carga no pareció superior á sus fuerzas. Pero entre

sus hijos ¿cuál era capaz de gobernar un imperio que se extendía desde el Elba hasta el Ebro, desde el mar del Norte hasta la Calabria? ¿No había sentido él mismo el sacudimiento dado por el Septentrión á las cadenas con que le tenía sujeto? ¿No había encontrado en Córcega las naves de los árabes de España surcando el Mediterráneo, desde que les había cerrado todo otro camino? ¿Y podían libertarse del hambre los demás árabes de Cairuan de otro modo que entregándose á la piratería? Carlos había oprimido á las naciones: pero estas iban á sacudir el yugo.

De consiguiente debía aflojarse la unidad que él había impuesto; pero no por eso es verdad que desapareciera toda su obra. Ciertamente pereció todo cuanto adquiría vida de la actividad del monarca: ya no hubo un gobierno de donde partiera y al cual se refiriese todo el movimiento; se hicieron más escasas y menos poderosas las asambleas generales: decayeron los *missi dominici*, la administración central, el único poder director, pero se vió subsistir el gobierno local, condes, duques, vicarios, centenarios y beneficiados; así como el orden en que él había dispuesto las propiedades y las magistraturas, arrancándolas de la confusión en que se hallaban anteriormente, y dirigiéndolas hacia la independencia hereditaria, es decir, hacia el feudalismo. También duró el empuje que había dado